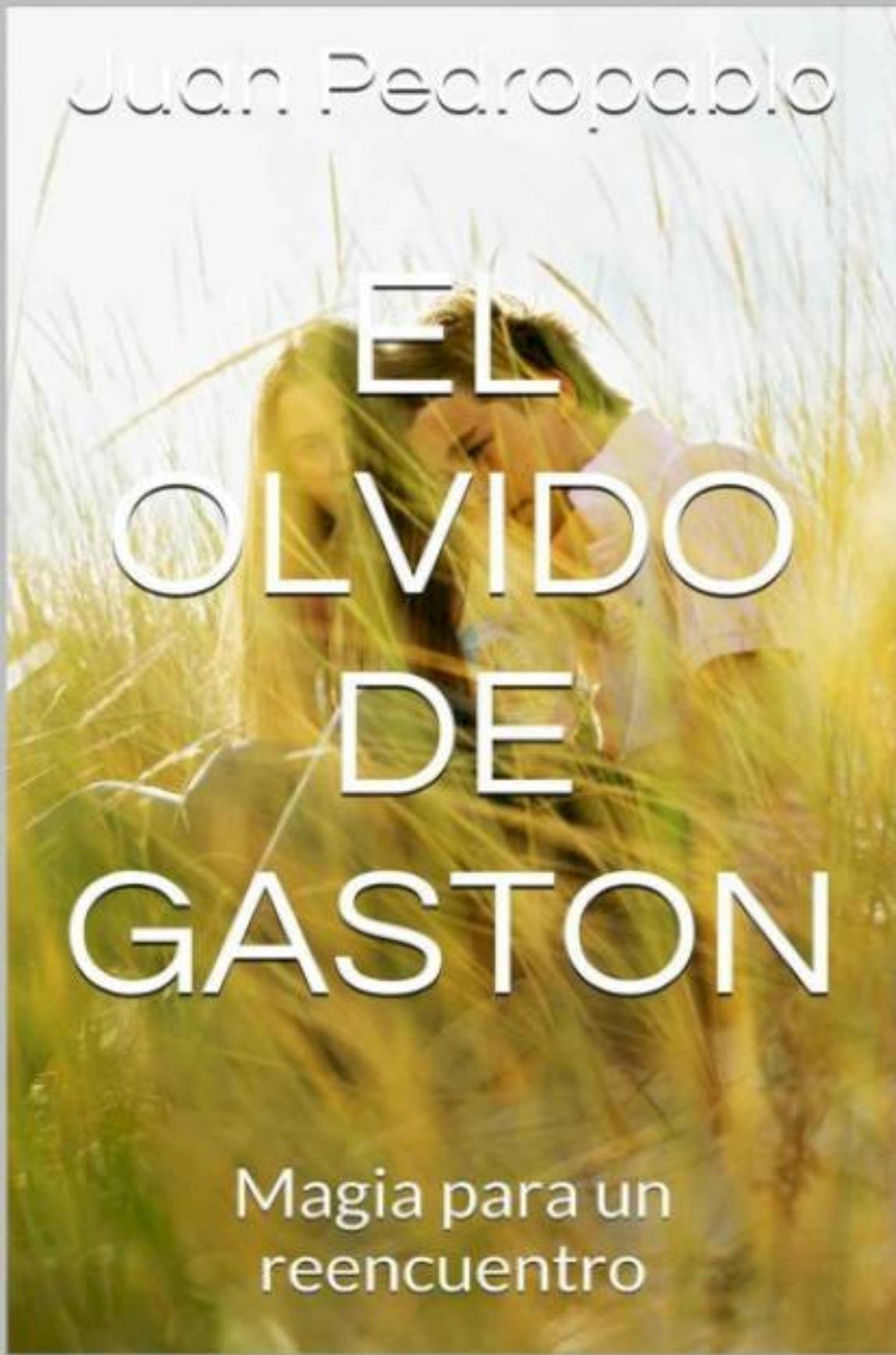


Juan Pedropablo

A romantic scene of a man and a woman embracing in a field of tall, golden-brown grass. The man is wearing a white shirt and the woman is wearing a white top. The background is a soft, out-of-focus landscape with a bright sky.

EL
OLVIDO
DE
GASTON

Magia para un
reencuentro

“El olvido de Gastón”

Magia para un reencuentro

Juan Pedropablo

Dedicado a todos aquellos que en algún momento de sus vidas han experimentado el milagro de la
Comunión Sagrada en la Mirada Reflejo

Guiado por aquella pista de hormigas, Gastón llega a unas alcantarillas en donde crotos de bocas hediondas y sin dientes lo reciben con la cortesía desdeñosa con que suelen tratar a sus pares desconocidos. Pero en minutos olfatean que el advenedizo no es un crotto común, por cierto aire de extraviada altanería. Tantean con preguntas al ignoto pordiosero, que como anduvo la cosecha de cartones, que si era cierto que en el hospicio tal abrirían un comedor para indigentes, que si sabía algo de un colega que había encontrado en un tacho de basura un feto de unos seis meses de gestación, al que se comió después de un hervor con papas, cebollas y calabaza. Y Gastón los escucha, atento, pero sólo atina a levantar los hombros, o a hundir su cabeza, que es lo mismo, como diciendo no sé, con el cuerpo, y lo dice, ahora con su voz, no sé, no se nada, no tengo ni idea. Ocurre entonces que los crotos se miran entre ellos, masticando bronca y mas que nada desprecio, justo antes de descerrajarle una metralla de insultos y escupitajos. Pero si de algo sabe Gastón es de rechazos, por lo que no le cuesta demasiado sobreponerse al mal momento y recobrar el hilo sinuoso de las hormigas, que ahora persigue gateando como un bebé. Y gateando y babeando se inmiscuye en una galería de arte que expone pinturas de la van-

guardia local, sin ser visto por el guardia que mira recto al horizonte y jamás baja la vista. Y los allí presentes no sólo no bajan la vista, sino que miran más alto que el horizonte, venteando con narices respingadas el aire de las alturas de un arte para pocos. Por un momento Gastón pasa inadvertido, a ras de suelo, yendo y viniendo de aquí para allá tras las hormigas, hasta que el caprichoso albedrío de éstas decide un antojo de rulos y lo incrusta en los ambiguos aires íntimos de la bajofalda de una dama. El quebrado alarido de indignación reverbera en el minimalismo de la sala, perturbando el porte del guardia que, anquilosado de tanto mirar el horizonte, no puede atrapar a Gastón, que escapa.

Se repone enseguida de la adrenalina del trote y reanuda su obstinada persecución. Trepa entonces con mucho esfuerzo por la fachada de una antigua construcción, aferrándose a molduras y arquivitrabes, hasta que consigue llegar a la balaustrada, sobre la cual yergue su cuerpo en un incierto equilibrio. Y hubiera seguido como un gato confiado por la herrumbre del techo de cinc, ya que por allí iban las negritas, de no haberle llamado la atención otras hormigas. El hormiguero de la gente, piensa Gastón, mientras mira desde la altura la perspectiva de una avenida atestada de personas, me lo dijo Juan, el hormiguero del mundo, colige en su mente. Mientras tanto, abajo, entre la multitud, ya se toman la cabeza cuatro o cinco personas paradas en la acera de enfrente, pidiéndole por favor que no se tire. No te tires, hermano, por favor, que ya vas a conseguir laburo, porque para todo hay remedio en este mundo, para todo, menos para la muerte, gritan consternados, y contagian la zozobra a cientos y cientos de personas que ahora se agrupan en el lugar excitados por las sirenas de la policía y de los bomberos. Pero Gastón los ignora, y decepciona el morbo de la multitud con una media vuelta distendida y, descuidando su andar, atraviesa el techo de cinc herrum-

brado hincándose un saliente que le perfora la desgastada suela del zapato. Pero no le presta atención al dolor, y salta a un lote baldío en donde hurga entre pastizales el camino de las hormigas, desdeñando la molestia de abrojos y espinas que se adhieren a la tela de su sacón. Sorteando después el último escollo, un tapial musgoso, al que salta no sin dificultad, para después cruzar caminando tranquilamente el paseo de los álamos y llegar al centro de una plaza en donde debajo de un banco corrompido por la humedad está el hormiguero. Satisfecho, se arrellana en la madera. Cierra los ojos. Cabecea dos o tres veces, y, cuando todo indica que el sueño lo va a vencer, bosteza holgadamente y presta atención a las esculturas que pueblan la plaza. A unos metros de él, una rubia le incrusta al descuido la mirada, y Gastón se siente desnudo, desamparado.

Valeria es rubia, alta, de ojos azules sostenidos por una nariz recta de autoridad, y una pequeña asimetría en la composición de su rostro le pronuncia una mueca que a primera vista Gastón imagina de desdén. Trabaja en una repartición del estado que distribuye entre los pobres la limosna del poder. Está por recibirse de Licenciada en Asuntos Sociales, y desde niña, cuando en el jardín de su casa de pueblo protegía la oscilación atenta de las flores mecidas por el viento, interponiéndose con alma y vestidito de pimpollos a los puñetazos certeros de sus primos practicando boxeo, supo que su costado era el izquierdo, y cuando sus padres se divorciaron y ella se fue a vivir con su perro batuque y su tía ciega a la ciudad, en un departamento de dos dormitorios y en un octavo piso, entendió que su altura era el césped, y aún ahora, cuando salvaguarda a los grillos de los pisotones certeros que su tía ciega le propina con rigor indeciso a los solados de la plaza en que consumen la costumbre de pasear la siesta, tomadas del brazo y rumiando nostalgia, se convence de que su color no es el gris,

porque en la ciudad todo se pinta de gris, tía, todo de gris, a pesar de las marquesinas fluorescentes, a pesar del carnaval de gestos y colores en las fachadas, porque en la ciudad uno se olvida, tía, y es como un gris, y es entonces cuando en el pecho de Valeria afloran los colores y el aroma de su terruño natal, de nuestro pueblo tía, en donde me decían La Valeria, la del sol en el pelo y los ojos de agua.

Pero en tus ojos estaba tu imperio, tu susurro de luz fría e ineludible, y la sombra de tu nostalgia apagaba hielo en tu mirada. Y fue un hueco mirarte Valeria, un hueco al revés, porque cuando te fijaste en mí me sentí desnudo, desamparado. Y parecías indefenso Gastón, expuesto, ahí, tirado como un saco de huesos en ese banco de la plaza, con la expresión perdida en una mirada vacía, en una mirada que parecía de ciego, porque mirabas mucho más allá o acá de este mundo que no veías. Porque me miraste como pidiendo ayuda. Porque te miré y supe que estaba expuesto a vos. Porque me miraste y sin querer te vi. Porque me llamaste la atención Gastón, pues me pareció que te conocía. Porque quise saber quién eras Valeria, y saber quien soy. Y parecías borracho o enfermo, con ese sacón ridículo raído en los codos, deshilachado en los bolsillos y sucio que era un asco, en el banco de esa plaza en la que pasaban cientos y cientos de estudiantes universitarios, deteniéndose para reírse de tu anticuado sacón, lo último de la moda, quizás, lo que se viene, decían, sacones a lo abuelo, se reían. Pero vos estabas ajeno a todo y a todos. Y ni siquiera te percastaste de las dos señoras que acercaban sus caras a la tuya bisbiseando que parecías drogado, y que a lo mejor alguien tenía que avisarle a la policía, porque pobrecito, parece drogado. Pero bastó que te limpiaras con la manga la baba que caía de tu boca y sacaras la lengua como un bebé, balbuceando algo, para que sus buenas inten-

ciones mudaran en muecas de indignación, mientras se alejaban horrorizadas y gritando que eras un degenerado, y lo perdida que estaba la juventud, porque babeabas Gastón, babeabas, hablando solo, ajeno a todo, hasta que me miraste. Y fue cómo una lástima sin lástima, una mezcla de ternura de madre y algo más. Y de haber sabido Gastón, te juro que te hubiera escupido o te hubiera pateado, o a lo mejor te besaba Gastón, te besaba.

- ¿Estás bien?
- Sí, ¿y vos?
- ¿Yo? – Valeria sonríe – Yo estoy bien. Pero vos, no sé, pensé que no estabas bien.
- Estaba mirando nomás, las esculturas.
- ¿Sí?, que bien, a mí me encanta pintar – dice Valeria con entusiasmo algo fingido – y también a veces hago algunas cositas en arcilla, pequeños objetos, ¿vos hacés algo?
- No, no hago nada, pero fijate aquel reflejo, ¿lo ves?, junto a la fuente, ahí donde brilla la nostalgia de ese empedrado, o aquella sombra, no sé si la ves, ahí donde no hay nadie por la humedad, me acaricia algo ese rincón de sombra.
- Sí, claro, entiendo, pero volviendo a las esculturas, en todo caso...
- En todo caso esa caricia no necesita ni de ese rincón, ni de esa sombra, ni de nosotros - Gastón interrumpe a Valeria mirándola a los ojos, que después de un instante pálido, trata de volver a cauces normales.
- ¿Vivís por acá?
- No sé.
- ¿Cómo que no sé?, ¿dónde vivís?
- No sé, me olvidé.

Y como tantas otras tardes o domingos, Gastón hubiera podido andar por ahí, recogiendo insectos en una cajita de fósforos vacía, o prestándole atención al más ínfimo cambio de la brisa de otoño, aviso de pronta tormenta, que cuando esto sucede Gastón sonrío y espera, porque observar el viento siempre ha sido uno de sus pasatiempos favoritos. Y descubre entonces que los sauces llorones mecen su llanto de ramas cuando el céfiro los acaricia, que los álamos cantan un salmo de reuma vegetal mientras se bambolean testarudos en la bronca de una tormenta, y que los ciruelos tensan con gracilidad su porte agradeciendo la cincha de una ráfaga oportuna. Ante semejantes revelaciones, y después de soportar, a veces, terribles granizadas o persistentes aguaceros, suspira hondo y retoma el camino de caminar, satisfecho y sin apuros. Pero aquella tarde la magia fue otra, porque desde que Valeria abandona sin despedirse el banco de madera carcomida por polillas, un poco aturdida y mintiéndose insultos por su maldita costumbre de meterse con locos, que que me tengo que meter con tarados, yo, se me pegan, parece, y es que soy demasiado boluda, únicamente a mí se me puede ocurrir preguntarle al demente ése si está bien, y además que me importa, que no me tengo que meter si no es asunto mío, arruinarme la tarde al vicio nomás, porque está hermosa la tarde, hermosa, y es la misma tarde en que Gastón no encuentra más reparo que aquel banco del cual ve alejarse a Valeria, atropellando con ancas enojadas un tapiz de mariposas. Permanece sentado allí durante mucho tiempo. Casi nadie se percata de semejante prodigio de quietud. Sólo unos pocos hablan de un loco momificado o de un maniquí descansando la rutina de posar en vidrieras durante años y años. Hasta que un buen día, ya demasiado débil por la falta de alimentación, no tiene fuerzas para soportar el peso de su cuerpo y se desploma como muerto.

Sobrevive gracias a los perros de las plazas. Famélicos, ensamblados en huesos evidentes y manchados por la sarna, conservan sin embargo, en el brillo de sus ojos, el distintivo de la dignidad, a pesar del hambre que también brilla febril en sus ojos de perro. Y es que por habérseles hecho costumbre las ganas de comer, reconocen los signos de la desnutrición en Gastón. Su cuerpo exhala un hálito agrio, de carne que se consume en sus propios humores. El sabor que su piel impregna en cada lamido sanador es el sabor del plástico, plástico salado, y sabido es que salado es el gusto de la falta de salud, deducen los perros. Su abdomen, terso e hinchado como el parche de un tambor, es reconocido por los canes en la memoria ancestral de su estirpe, que prefigura la mitología de siete tetinas a las que le sobran cachorros, pugnando, ciegos aún, por succionar de su teta madre, que los ha parido para desentenderse después en leche que no han de mamar, alimento de la indiferencia que los apaga lentamente, mientras crecen como vejigas pletóricas sus barrigas. Martirio de los perros, comentó Juan alguna vez por allí, sentencia del destino que en la mayor parte de los alumbramientos sobren bocas o falten tetas, pecado original sin culpa, cruz que ha de cargarse en cuatro patas. Y es por todo esto que los canes no ignoran a Gastón, pues este sí hubiese sido un pecado capital. Lo zamarrean, lo muerden, lo lamen, y si algo le falta a semejante auscultación de indicios, son los huesos que cloquean desentendidos de la arquitectura de fibras y músculos ante cada empellón que le propinan sin mayor suerte que la de agrandar la duda sobre si la vida aún reside en ese cuerpo que parece un trapo.

Se los vé cavilosos. Uno de ellos, cruza de pastor alemán con salchicha, se afirma de pronto en sus cuatro patas,

como pensando, si es que los perros pudiesen pensar, y razonando aquella imposible lógica se rasca con una de sus patas traseras. Repentinamente inicia un trote decidido hacia un cantero, del cual desentierra un hueso. Cunde entonces un silencio y a la vez una distancia, desde la que lo miran sus pares sorprendidos, no pudiendo dar crédito a lo que ven, resentidos, que nunca ladró siquiera un dato sobre aquel hueso, y quizás el tiempo que lo ha tenido bien enterrado, mezquina actitud que mella el honor de los perros de las plazas, ladran, mientras observan perplejos como el pastor alemán cruza con salchicha le acerca el hueso a Gastón, metiéndoselo en la boca, no sin esfuerzo, aunque en realidad, más aproximado a lo que sucede es decir que se lo atasca de un empujón en aquellas mandíbulas que parecen no tener vida. Ya a mano con su conciencia, vuelve el pastor alemán cruza con salchicha sobre sus pasos, con las orejas caídas y resollando un astringido gemir, que no se sabe bien si es sentimiento de angustia por la pérdida o arrepentimiento por su egoísmo o tal vez, porque no, desasosiego por la agonía que contempla. Pero al final, como cayendo la tarde y para terminar la escena, ocurre que el egoísta canino, aunque redimido por el gesto, casi logra el reverso de sus buenas intenciones, porque a punto está Gastón de morir asfixiado por el fémur vacuno incrustado en sus desencajadas fauces. Y hubiese muerto de no ser por uno de los perros más avezados, un doberman mezcla con pequinés, que molesto por las pocas luces de su congénere en cuanto al entendimiento de la verdad humana, seres tan débiles, de naturaleza tan frágil, que es una tontera de gatos no discernir que aquel hueso así dispuesto más que un auxilio es casi un homicidio, ladra, mientras le extirpa el hueso a Gastón, expoliándolo con fuerza, que no hay otro remedio, por la urgencia del caso, piensa, y todo esto si fuese posible que los perros piensen, juzgaría Juan si estuviese presente, que a lo mejor está por ahí y no se deja ver.

- Discúlpeme señora, ¿usted cree en las miradas?, es decir, ¿puede ver en ellas?
- Obvio que si miro veo, ¿o no es así?
- No sé.
- ¿Este acertijo es para algún programa de televisión?
- No.
- Chau entonces.
- Chau.
- Señor, señor, ¿usted a mirado alguna vez?, o mejor dicho, ¿ha sentido que lo miraban?
- Pero porqué no te vas a la puta que te parió, pen-dejo de mierda, lo único que faltaba ahora, que porque están al reverendo pedo se dediquen a preguntar pelotudeces.
- Bueno, no se enoje.
- Andate a la concha de tu madre.
- Flaco, escuchá, decime algo, ¿vos mirás?
- Sí, miro.
- ¿Y te has sentido mirado?
- Me he sentido mirado, y sobre todo extorsionado.
- ¿Sí?
- Sí. Es que hay miradas, que más que mirarte te acusan, te acusan y te interrogan. Esas miradas son como extorsiones del alma, porque es como que esperaran algo.
- Mirá vos, que interesante. ¿A que te dedicás?
- Soy poeta.

Durante algunos días, compungidos por la impotencia, los perros de las plazas contemplan a Gastón en ronda, brindándole calor mientras aúllan de pena. Podría decirse que es casi un velatorio, sólo que no hay muerto, sino vivo a punto de morir. Y si el cuadro fuese el propicio, es decir, la distancia del ojo observador la prudencial y la luz una adecuada media luz otoñal que refleje en su casualidad el

resplandor de un ocaso, últimos titilos, tribulaciones de un atardecer que se resigna al dictamen de la noche, entonces sí, ambientada la escena adecuadamente, se podría hablar, jugando con la imaginación, de un oscuro aquelarre de sombras augurando el instante final. Pero desde afuera de aquella postal, llega trotando un diminuto cuzco, y ladrando se abre paso por entre sus pares y ofrece, al arbitrio de los demás, un mendrugo que ha obtenido de un tacho de basura. Gastón se muere, pero el miedo a incurrir en la eutanasia del hueso pone en suspenso a la jauría. Algunos, haciéndose los desentendidos, se rascan pulgas, otros, meanean babas y colas de aquí para allá, los menos, crisan sus lomos. Irreverente, el pequeño cuzquito toma entonces el mendrugo en sus fauces y lo coloca con sumo cuidado entre la lengua y el labio superior de Gastón, tras lo cual se vuelve afirmando el paso, desafiante. Ninguno de sus pares se atreve a mirarlo. Permanecen en silencio, tensando la vigilia durante varios días con sus noches, entre ronroneos, pulgas y gañidos, hasta que uno de los centinelas de aquella agonía, un dogo cruza con ratonero, esbelta las orejas y se monta alerta, concentrando la mirada en un apenas perceptible movimiento de la nuez de Gastón. Y Gastón que vuelve a tragar, a la media hora, y ya es un movimiento franco de su tráquea. La tensión de la espera estalla entonces en un revuelo de pelos y ladridos que se levanta como una hojarasca de otoño y se dispersa en correteos de aquí para allá, y más allá aún, tratando de morderse la cola unos a otros y buscando, por allí, restos de panes duros o cualquier otra cosa que se le parezca.

Y paseaba por tu plaza Gastón, habiendo tantas por elegir, un vago impulso me llamaba. Pero un buen día me hartaste de tanto estarte quieto y ya no volví, pensé que te burlabas. Y es que no pude más que quedarme sentado en el banco Valeria, viéndote ir, para verte volver. Y para mí

que me lo hace a propósito, que está jugando conmigo, llegué a pensar en voz alta y paranoica, quién, preguntó mi tía, nadie, hablo conmigo, a bueno, así que hablás sola, me dijo, a veces es bueno, pero sin mentirnos, que la peor mentira es a nosotros mismos. Y te veía pasar Valeria, con tu tía ciega que sonreía, una sonrisa que era como un enigma. Y el misterio de mi tía Gastón, que cuando pasábamos frente a vos me apretaba la mano y me decía suspirando mi querida, mi queridita sobrina, y todo era muy raro Gastón, muy raro, porque me abrazaba y se ponía a hablar de un día soleado, de los atardeceres en la pampa, de los versos que yo le leía aquellos domingos después de los tallarines con tuco debajo de la higuera, y me humedecía el alma escucharla Gastón, hablando de cosas que nunca vió, estremeciéndose con recuerdos inválidos, carente de imágenes, todo un sinsentido, y si no explicame, decime, cómo puede recordar quien no ha visto. Es que los recuerdos de quien no ve, le explica Juan a Valeria, han de valerse de otra materia, tan distinta del óleo de esta vida, que a veces puede ser acuarela, traslúcida clarividencia. Y de tanto en tanto siento una voz que me habla Gastón, me dice cosas, tontearías. Pero lo cierto es que mi tía sonreía, vital como nunca y sensata a seis sentidos, leéme versos, Valeria, me pedía, mientras la misteriosa voz en mi cabeza me insistía, dale, leéle, leéle versos a tu tía. Y me senté en el césped, justo frente a vos, una tardecita cualquiera, porque me encanta el césped Gastón, me encanta, y por supuesto vos ni te movías, inerte como un cascote mientras yo leía. Y escuché los versos Valeria, pero no los entendí, hasta que Juan me los explicó. Hurgó signos, augurios, pues la vida tiene sus certezas, me dijo, su rigor estético, y deleitó su pincel en esta pintura, en la que una mujer lee un poema mientras un extraño ser la mira.

Los perros de la plaza celebran la recuperación del don de los pasos en Gastón con un alboroto en el que si bien no faltan efusiones, priva la moderación, pues la mejora ha sido paulatina y pareja en los días. Gastón da su primer paso desde su vuelta a este mundo, y los perros lo saludan meneando sus colas, corriendo repentinamente detrás de alguna hoja que cae, irguiendo orejas, ensayando gallardas poses mientras practican luchas falaces, revolcándose en el césped para detenerse con las patas recogidas, boca arriba, lomos cómodos sobre la gramilla y lenguas jadeantes a la espera de alguna cosquilla que nunca nadie les hará, hasta que se montan nuevamente sobre sus cuatro patas y corren, resignados a la falta de algún cariño. Es que han adoptado a Gastón como uno más de ellos, desde hace un tiempo, y hoy ha dado su primer paso, cachorro que un buen día abrió los ojos, como naciendo, y se encontró acogido por un pesebre de alientos cálidos, tibia noción de hogar. Y sin preguntarse lógicas ni motivos, Gastón los mira con ternura, y no hace falta ser un erudito en miradas para reconocer el sentimiento. Inteligencia emocional, opinan algunos sobre estos fenómenos de reconocimiento. En las noches de invierno, él y sus amigos se amontonan en un bulto de colmillos y dientes rechinando, y con tiritante quietud campean lacerantes heladas.

- Disculpá flaco, somos de la Facultad de Humanidades, de la carrera de Sociología, estamos haciendo un trabajo sobre la indigencia y la marginalidad, ¿nos contestás unas preguntas?

- Bueno.

- ¿Tenés familia?

- No sé.

- Entiendo, hace mucho que no los ves y no sabés si están vivos.

- No, no sé porque me olvidé.